Elogio del silencio

Víctor Manuel Arbeloa

Ya Aristóteles pensaba que el silencio lleva consigo su propia recompensa. Y el libro de los *Proverbios* asegura que quien cierra los labios pasa por inteligente. Los estoicos, desde Séneca a Marco Aurelio, preconizaban a menudo el silencio, incluso en las circunstancias más extremas. Son memorables los silencios de Jesús de Nazaret en los Evangelios, y generaciones de cristianos en todos los tiempos, desde los monjes solitarios de los desiertos hasta los contemplativos de hoy hicieron del silencio un compañero leal de sus vidas. Otras religiones, mayormente orientales, y escuelas filosóficas no les van a la zaga.

Hoy día -aunque un estado de alarma por motivo de una pandemia puedan propiciar lateral y accidentalmente ciertos espacios de silencio-, en nuestra subcivilización occidental y en nuestras diversas subculturas el silencio es casi siempre un huésped extraño, cuando la sociedad nos conmina a someternos al ruido ambiente para formar parte del todo, en lugar de invitarnos a la escucha de nosotros mismos y de nuestros semejantes.

Alain Corbin, en su libro de título pretencioso, *Historia del silencio: Del Renacimiento a nuestros días*, nos va llevando, capítulo por capítulo, a través sobre todo de la literatura francesa, por los diferentes ámbitos del silencio, donde el hombre se encuentra a sí mismo y a los otros, o intenta más bien huir de sí mismo o de "los demás".

El silencio de las estancias donde vivimos y dormimos y de las cosas que forman su decoración: ese vasto secreto silencioso. El silencio de la naturaleza: del campo, de las montañas, del desierto, de los bosques o del mar. El silencio de la noche: que los dos vocablos casi quieren decir lo mismo. El silencio de los templos, de las catedrales románicas o góticas, lugares predilectos del silencio, crecidos alrededor del silencio, silencio incrustado en piedra; de las pequeñas iglesias y ermitas de los pueblos.

También en los tiempos modernos, autores célebres reflexionaron sobre el silencio y, por muy diferentes motivos, lo elogiaron sobremanera: San Juan de la Cruz, Bossuet, Gracián, Baudelaire o Proust. Muchos de los autores de los dos últimos siglos sostienen que la vida verdadera está hecha de silencio; que la palabra surge de la plenitud del silencio supratemporal, palabra transfigurada. Para algunos de ellos, la silenciosa palabra de Dios es la base de su reflexión. También las artes manan del manantial inagotable del silencio y son fuentes inagotables de él. La música es silencio sonoro. La pintura, poesía muda... Fueron los simbolistas los que mejor profundizaron en la representación de la palabra del silencio. Y en cuanto a la escritura literaria, es común opinión que toda gran obra nace del silencio y vuelve a él. El famoso cuadro de Dalí, "A orillas del mar" se inspiró en aquellos versos de García Lorca: "Oye, hijo mío, el silencio. / Es un silencio ondulado, / un silencio / donde resbalan valles y ecos, / y que inclina las frentes / hacia el suelo".

Elemento sustancial del amor es el silencio, y, en menor medida, de la amistad. Pero deviene en silencio gravoso e interminable, cuando sirve a la máquina destructora y devoradora del odio y del crimen.

No es menester pararse a ponderar el protagonismo del silencio de la muerte y sobre todo de los muertos y la transmuerte: "el avaro silencio y la masiva noche". Estos días de pandemia, nos damos cuenta de su necesidad y su sentido, cuando ni siquiera podemos ofrecerles ese mínimo y cercano regalo a los difuntos en serie. Pero hay también un elemento trágico, telúrico, terrible, en el silencio. Comencemos por el célebre "silencio de Dios", quicio del drama del *Libro de Job* el justo, renovado, de una u otra manera, en el drama de Jesús de Nazaret, Justo entre los justos. Ese silencio que ha hecho sufrir a muchos santos, como muestran los diarios de las tres Teresas. Silencio que ha llenado páginas geniales, piadosas, blasfemas, siempre sinceras, de autores clásicos y modernos, de la talla de Milton, Pascal, Vigny, Nerval, Kirkegaard, Unamuno...

Elemento sustancial del amor es el silencio, y, en menor medida, de la amistad

Alain Corbin termina su libro con el silencio más contundente y definitivo de los silencios, el que ocurrirá cuando la Tierra se termine, devorada por el Sol agonizante, dentro de unos pocos miles de millones de años, y cese hasta el último recuerdo del paso del hombre por el planeta.

Leconte de Lisle se enfrenta a él en uno de sus poemas "bárbaros", titulado "Solve saeclum", medio verso a la secuencia medieval "Dies irae" de Jacopone de Todi: "Tormentos, crímenes, remordimientos, suspiros desesperados, / espíritu y carne del hombre, ¡un día callaréis! / Todo callará, dioses, reyes, condenados y viles multitudes, / el rauco gruñido de los presidios y las ciudades, / los animales de los bosques, los montes y el mar... (...) De un plumazo la naturaleza interrumpirá sus ruidos".

Víctor Manuel Arbeloa Escritor